

Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets Editores, 1997

Rafael Rojas

Algunos escritores españoles nada inseguros de su nacionalismo, como Guillermo de Torre y José Ortega y Gasset, señalaban a mediados de este siglo el escaso desarrollo del género biográfico en la cultura hispanoamericana. Ortega, por ejemplo, sumaba la falta de biografías y memorias en la literatura española a su obsesivo contrapunteo cultural entre España y Francia. No porque tuviera en alta estima dicho género, sino por todo lo contrario: lo biográfico, a su entender, denotaba un "síntoma de complacencia ante la vida personal" o lo que Charles Lindholm llama "una estetización del carisma". Así como Inglaterra era el país de las biografías, Francia, según Ortega, era el país donde se habían escrito más memorias.

En los últimos años, Sylvia Mollay y Miguel García-Posada han insistido en que aquellos juicios, por lo que se refiere a la literatura confesional o de memorias, eran algo exagerados. El género autobiográfico en

Hispanoamérica, desde el *Libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús hasta la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún, pasando por las *Memorias* de Rubén Darío y *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda, ha sido bastante frecuentado. Sin embargo, en lo que atañe a la escritura biográfica, la observación sigue siendo válida. No sólo se escriben en castellano menos biografías que en francés o en inglés, sino que los mejores biógrafos de grandes personajes de la historia de España y América Latina son, por lo general, franceses, italianos y, sobre todo, ingleses y norteamericanos. Ahí están los ejemplos recientes del *Felipe II* de Henry Kamen, el *Franco* de Paul Preston, el *Bolívar* de Gerhard Masur y el *Juárez* de Brian Hamnett.

Esa importancia de la biografía en las literaturas norteamericana e inglesa está relacionada con la tradición política y filosófica anglosajona. Por el hecho de experimentar esos países un orden institucional estable,

la moral, la religión y la cultura se involucran más en la vida privada de las personas. Además de que, como observaba De Tocqueville, la democracia trae consigo una suerte de uniformidad cultural que exige la mitificación de caracteres emblemáticos. En este sentido, la noción de *character*, que difundieron Thomas Carlyle en *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History* (1841) y Ralph Waldo Emerson en *Representative Men* (1849), implicaba algo más que el simple carisma, es decir, implicaba, ante todo, un don o una virtud que convertía a ciertos hombres en figuras ejemplares. Para Carlyle, por ejemplo, los héroes eran, fundamentalmente, grandes estadistas como Federico el Grande y Oliver Cromwell. Sin embargo, para Emerson, quien seguía de cerca el principio platónico de la analogía entre persona y comunidad, el “hombre representativo” era lo mismo un filósofo, como Montaigne; un místico, como Swedenborg; un escritor, Shakespeare, o un político, como Napoleón.

En medio de ese menosprecio por la biografía que aún persiste en la cultura hispanoamericana, contrasta la obra de Enrique Krauze. A excepción de muy pocos textos, como su colaboración en uno de los tomos de la *Historia de la Revolución Mexicana* que coordinó don Luis González, la historiografía de Krauze ha sido fundamentalmente biográfica: *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, *Biografía intelectual de Daniel Costo Villegas*, *Siglo de caudillos* y *Biografía del poder*. A estas obras habría que agregar, claro está, sus

ensayos de crítica política, como *Por una democracia sin adjetivos* o *Tiempo contado*. Curiosamente, esas dos líneas paralelas de su escritura parecen converger ahora en *La presidencia imperial*, ya que este libro es, a la vez, una biografía y una crítica del sistema político mexicano.

En cierto modo, la obra de Krauze ha sido la protesta solitaria contra una paradoja: la historia de México gira, como pocas, alrededor de sus héroes y antihéroes, de sus caudillos y caciques; sin embargo, por lo general, no es narrada biográficamente. México, como él dice, es un país carlyleano, pero sin Carlyles. Lo cual no deja de ser una exageración que lleva implícito un guiño nacionalista, ya que los “grandes hombres” mexicanos difícilmente encajarían en el ancho molde de Federico de Prusia, Schiller, John Sterling, Samuel Johnson y otros héroes de Carlyle. En todo caso, las biografías de Krauze, a diferencia de las de Plutarco, Carlyle y Emerson, no se basan en el *sympathos*, no siempre son positivas, ni siquiera neutrales; en ellas hay lugar para el juicio moral que permite la distancia del pasado e incluso para la desaprobación. Tal vez por esa susceptibilidad moral que distingue su escritura, Krauze es un historiador que puede narrar el presente.

Aunque *La presidencia imperial* cierra una trilogía, iniciada con *Siglo de caudillos* y continuada en *Biografía del poder*, se diferencia de éstas por ser, además de una serie de biografías de los presidentes de México entre 1940 y 1997, una biografía del sistema político mexicano. No po-

día ser de otra manera. El maestro más visible de Krauze, Daniel Cosío Villegas, lo expuso con la mayor claridad: las “dos piezas centrales” de ese sistema han sido el presidente de la república y el partido oficial. El engranaje entre ambos crea un aparato político que funciona como un *Deus ex machina* y que ofrece una vía institucional al carisma de cada presidente. El “estilo personal de gobernar”, según don Daniel, no es más que el proceso por el cual la biografía del presidente se convierte en una cifra del destino de la nación. Así, la analogía platónica entre el político y su ciudad se cumple a cabalidad en el México posrevolucionario.

¿Cómo se escribe, pues, la biografía de una maquinaria? Al parecer, el secreto se halla en el ensayo preliminar “El Estado mexicano: fuentes de su legitimidad”. Aquí Krauze observa cómo ciertas formas ancestrales del Estado colonial persisten en el subsuelo de la memoria y reencarnan en la formación del sistema político mexicano. La política de Calles, el creador del sistema, es una nueva versión del reformismo borbónico (anticlerical, capitalista, burocrático); en cambio, la de Cárdenas, que es quien lo consolida, puede verse como una vuelta al tomismo de los Habsburgo (corporativo, paternalista, carismático). Se trata de una oscilación entre las herencias de los siglos XVII y XVIII que viene marcando la vida política mexicana desde el siglo XIX. De alguna manera, los liberales de la Reforma y de la República Restaurada habrían rescatado la fisonomía del Estado borbónico; así como

el porfiriato fue, al decir de Andrés Molina Enríquez, un restablecimiento del pacto con los cuerpos del antiguo régimen, que a la vez se cuidó de no desechar el perfil modernista del liberalismo.

Ese liberalismo conservador, esa mixtura entre lo borbón y lo habsburgo, hizo del régimen de Porfirio Díaz el primer momento de estabilidad después de la Independencia. De modo muy similar, a partir de 1928 se abre un nuevo periodo de normalidad institucional que contrasta con el caos revolucionario que siguió a 1911. La maquinaria empezaba a funcionar. Y ya para 1940 y, sobre todo, 1946, su funcionamiento llega, en palabras de Daniel Cosío Villegas, a “un grado de perfección increíble”. Justo en ese momento “la política mexicana se vuelve un misterio poco menos que impenetrable”. Es el lapso en que, como dice Krauze, el sistema se convierte en una empresa civil con Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán. Luego, del “empresario” (Alemán) el sistema pasa a manos del “contador” (Ruiz Cortines), de éste al “gerente de relaciones públicas” (López Mateos) y, por último, al “abogado penal” (Díaz Ordaz). La biografía de esa empresa que es el sistema político mexicano se presenta, entonces, como la suma biográfica de sus empresarios-presidentes.

El nuevo régimen, nacido de la Revolución, comienza a ser estable cuando más se asemeja al antiguo, es decir, al porfiriato. Por segunda vez, en la historia moderna de México se detiene la gravitación pendular hacia los Habsburgo y los Borbones y se

alcanza una suerte de acuerdo dinámico dentro de la familia revolucionaria. A juicio de Krauze, dicho acuerdo experimentará dos rupturas, una desde afuera, que fue el movimiento estudiantil de 1968, y otra desde adentro: la escisión de la clase política durante los sexenios de José López Portillo y Miguel de la Madrid.

A partir de ahí la empresa se aproxima peligrosamente a la quiebra. Surge entonces su salvador, Carlos Salinas de Gortari, nuevo Díaz, nuevo Calles, que intentará reformarla y, sobre todo, refundarla a su medida. Pero hay una demanda, cada vez más elocuente y mayoritaria, que los nuevos empresarios se resisten a satisfacer, ya que su satisfacción exigiría el reconocimiento del colapso del sistema: la democracia.

La empresa es, pues, algo más que una metáfora. Esta analogía, que Krauze toma de Gabriel Zaid, favorece la narrativa biográfica. La biografía de cada presidente es la narración de su específica virtud empresarial y va acompañada de las biografías de las instituciones y los actores que giran a su alrededor. En este sentido, se trata de un libro que narra la vida de una comunidad política, el tiempo que media entre el nacimiento y la muerte de un Estado. De ahí que el acercamiento a la morfología de Ricard Morse le sea tan útil a Krauze a la hora de localizar las referencias históricas de la Revolución Mexicana; referencias más bien inconscientes que, como los modelos estatales de los Habsburgo y los Borbones, de los liberales y los porfiristas, se han sedimentado en la memoria política y ga-

rantizan una legitimidad profunda e inefable a la nueva élite del poder.

En otros libros de Krauze ya se percibe esta afición por la morfología histórica. En *Siglo de caudillos*, por ejemplo, es notable la aplicación de un principio morfológico de carácter cultural, bastante cercano a la historiografía de Spengler y Toynbee. Las vidas de Hidalgo y Morelos, Iturbide y Santa Anna, Juárez y Díaz son narradas desde la distinción entre los mundos culturales del criollo, el indio y el mestizo. En *Biografía del poder* se nota algo parecido, pero en relación con el sustrato religioso de la experiencia revolucionaria: Madero es el "elegido por la providencia", Zapata sueña con un "paraíso recobrado", Villa es un "bandido redentor" que "a hierro muere", Cárdenas encarna la figura del "general misionero". Estos arquetipos sociales y religiosos, al igual que los modelos del Estado colonial, son formas que reaparecen una y otra vez en la historia, imágenes del pasado que gravitan sobre el escenario del presente.

Otra de esas formas es la del imaginario imperial que persiste en la cultura política mexicana desde el siglo XIX. Aunque Krauze no lo desarrolla plenamente en este libro, ése es, tal vez, el legado ritual que más le deben los presidentes del México pos-revolucionario a Porfirio Díaz. En el siglo XIX la verdadera discordia, en cuanto a formas de gobierno, no fue entre república y monarquía, sino entre república e imperio. Todos los monarquistas mexicanos y no pocos republicanos fueron políticos imperiales. Era demasiado el peso de la

memoria de aquel imperio azteca que, después de cuatro siglos, había recobrado su independencia. A pesar de los fracasos de Iturbide y Maximiliano, la aureola imperial pudo encarnar, con más comodidad, en las presidencias de Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz. Por el hecho de haber sido los políticos más cercanos a la democracia, los liberales de la República Restaurada y Francisco I. Madero fueron los únicos que le imprimieron una atmósfera republicana a la institución presidencial.

Personajes que viven bajo el peso de su memoria son los protagonistas de la historia de México y de los libros de Enrique Krauze. Héroes de una tragedia. En el enlace entre mor-

fología y biografía Enrique Krauze parece haber hallado una fórmula ideal para escribir esa historia trágica. Pero él mismo reconoce que, con el fin, ya tangible, de esa "empresa teatral" que ha sido el sistema político mexicano sobreviene el fin de la escritura biográfica y morfológica. "En la democracia —concluye Krauze—, la biografía de México comenzaría a ser la biografía de todos. La democracia pondría punto final a la biografía del poder." ¿Es acaso la democracia el abandono del *dictum* de la tradición, un liberarse totalmente del pasado, la ingravidez, el reino del olvido, la utopía del tiempo? Ésta es la seria pregunta que sorprenderá al lector en las páginas finales de *La presidencia imperial*.